

Fervor de Jorge Luis Borges

FERNANDO ZERTUCHE MUÑOZ

Borges se pasó la vida enamorado, pero enamorado de verdad, y sufrió muchísimas veces.

Adolfo Bioy Casares

La vida de un creador casi nada importa. Frente a la partitura, al poema, a la voz privilegiada, al lienzo, el acontecer del ser humano de quien deriva la obra de arte es relato coyuntural, accesorio, cuya presencia puede ser excluida, ya que sólo los resultados del talento, del genio, de la labor de creación son los manantiales del disfrute, del gozo y el placer.

Parece que nada agregamos, por ejemplo, a los genios de la pintura si sabemos sus preferencias sentimentales, sus hábitos sexuales, su comportamiento frente al alcohol o sus lazos familiares; si tuvieron dos o siete hijos; si abjuraron de la igualdad humana o eran crueles con sus semejantes. Ante la obra de Paul Cézanne o de Pablo Picasso el exterior se desvanece —o nunca ha existido— y la emoción, el hallazgo de la belleza y la armonía quedan como flores solitarias y resplandecientes.

Al expresar mi opinión sobre este tema aparento una quebradiza intolerancia. Numerosos autores me contradicen o mantienen posiciones distintas. Además, mis afirmaciones palidecen ante el hábito tenaz de pretender saber todo de todos y, en privilegiado sitio, de quienes tienen o han tenido una actividad pública, de frente a los demás y con abandono de los grilletes del anonimato.

La necesidad de la información se acrecienta en los últimos tramos del siglo XX y sus claras, rotundas satisfacciones están a la vuelta de la esquina, en los controles del televisor o del radio; en la página de la publicación periódica y del libro y, desde luego, en la revolución cibernética y sus claves, cada día más vastas e indiscretas.

Declaro que contigo a la creación artística permanece el interés por la vida de los artistas y de los intelectuales. Junto al deslumbramiento por la obra, se agrega la natural admiración por el autor y sus vicisitudes: la felicidad que tuvo; las

hazañas que realizó; los pliegues de infortunio que sobrepasó. Todos deseamos saber —y comprender— circunstancias y detalles vitales que originan las cualidades que pueblan las creaciones.

El género biográfico ha ido más allá —desde hace mucho tiempo— de la reseña de héroes y políticos para abarcar cualquier comarca de las inusitadas, extravagantes actividades y lucimientos humanos. Además, en el caso de los literatos, pretendemos encontrar causas y resonancias de la experiencia íntima vinculadas a la imaginación o a la expresión poética. De esta manera se abre la posibilidad de comprender mejor una obra y comprometemos nuestro gusto y deleite con los hechos que conforman una realidad y una vida.

Jorge Luis Borges (1899-1986) es un espléndido ejemplo. Como ocurre habitualmente a los escritores, ninguna ardua hazaña lo quebrantó, salvo la inclemente peculiaridad de tener pésima vista; haber sido sometido a decenas de cirugías oculares y, finalmente, quedar ciego a los 55 años de edad. Ya había escrito casi todos sus excepcionales textos de ficción y algunos libros de ensayo, pero retornó a su inspiración inicial y de 1960 a 1985, es decir, durante el atardecer y la noche de su vida, redactó una impresionante obra poética, ajustada a hexámetros y con métrica severa, en la cual entregó la inigualable cosecha de su inteligencia, de sus conocimientos y de su sensibilidad emocionada.

Simultáneamente, Jorge Luis Borges recibió el reconocimiento del mundo académico occidental y configuró la imagen de conversador y conferencista preeminente; además, se editaron varias biografías y series de entrevistas antes de su fallecimiento.¹ Cuando éste ocurrió se multiplicaron los textos —bio-

¹ Destacan, entre las primeras, las obras de Alicia Jurado, *Genio y figura de JLB*, Eudeba, Buenos Aires, 1964, y de Emir Rodríguez Monegal, *Borges, una biografía literaria* (redactada en inglés en 1978), FCE, México, 1993. Entre las segundas, Roberto Alifano, *Conversaciones con Borges*, Debate, Madrid, 1986, y Antonio Carrizo, *Borges el memorioso*, FCE, México, 1983.

gráficos y de sus charlas— y desde 1994 se siembra anualmente un recuento vital.²

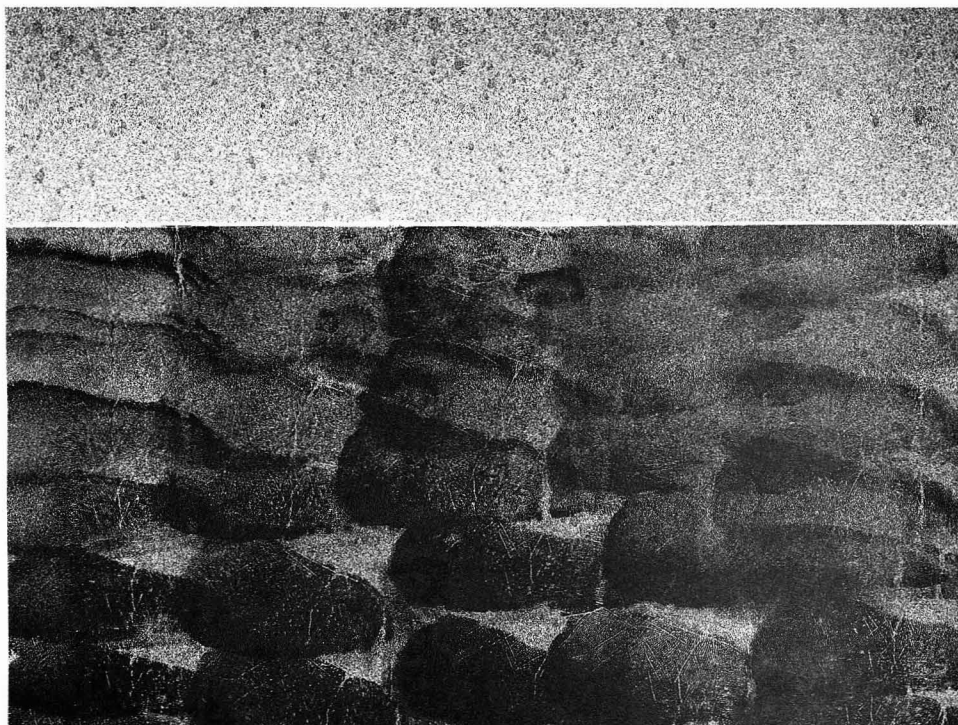
Estos escritos esparcen datos respecto del continuo enamoramiento de Borges, del permanente entusiasmo amoroso que lo acompaña, y que él aceptó:

Bueno, yo creo que he estado enamorado siempre a lo largo de mi vida, desde que tengo memoria, siempre. Pero, desde luego, el pretexto o el tema no ha sido el mismo; han sido, bueno, digamos, diversas mujeres, y cada una de ellas era la única. Y es como debe ser.³

Ese fervor en pocas ocasiones se transformó en obra poética. Adolfo Bioy Casares afirmó que Jorge Luis Borges “tenía un prejuicio en contra del amor en la literatura”.⁴ Sus biógrafos encuentran diversos manantiales de la constante inhibición, paradójica en un poeta que vivía continuas crisis de enamoramientos y cuya voz era primordial.

Jorge Luis Borges publicó trece libros de poesía en sesenta y dos años, de 1923 a 1985, a partir de *Fervor de Buenos Aires* hasta concluir con *Los conjurados*. Contienen más de cuatrocientos diez poemas, de los cuales sólo cinco llevan nombres de mujer en sus títulos⁵ y uno las iniciales;⁶ quince más fueron dedicados con los nombres completos.⁷ Dos intensos, des-

garradores y desoladores poemas de amor, escritos durante 1934 en inglés, titulados *Prose Poems for I. J.* y publicados inicialmente en 1943, cambiaron de ofrecimiento y de denominación en la reedición posterior; se convirtieron en *Two English Poems*, de los cuales el primero fue dedicado a Beatriz Bibiloni Webster de Bullrich y el segundo a S. D. (nadie ha descifrado públicamente las iniciales de I. J., pero el autor la calificó “inglesa, innumerable y un ángel” en un texto distinto,⁸ y S. D. puede corresponder a Sara Diehl de Moreno,⁹ según la conjetura de una biógrafa). La mejor respuesta, indudablemente, fue la del



propio Jorge Luis Borges cuando respondió al enigma, y quien al tratar de disminuir su importancia confiesa su constante enamoramiento:

Creo que se trata de un caso de indigencia literaria. A veces he tenido que dirigirle un poema a una dama. Puesto que lo tenía a la mano, lo empleaba muchas veces. No es un caso de inconsistencia. Más bien es una carencia de invención o haraganería. También puede ser que estuviese demasiado enamorado como para escribir.¹⁰

La mínima proporción de poemas dedicados a mujeres corresponde también al porcentaje de textos con tema amoroso. Sin embargo, la particular belleza de ellos, impregnados de dicha o de ilusión, de súplica o desamparo, así como los momen-

² Horacio Salas, *Borges, una biografía*, Planeta, Buenos Aires, 1994; Marcos-Ricardo Barnatán, *Borges. Biografía total*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, y María Esther Vázquez, *Borges. Esplendor y derrota*, Tusquets, Barcelona, 1996.

³ Jorge Luis Borges y Osvaldo Ferrari, *Diálogos*, Seix Barral, Barcelona, 1992, p. 187.

⁴ Mónica Sifrim, “Bioy Casares habla de un amigo”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 188, agosto de 1986, p. 14. El epígrafe también proviene de esta entrevista.

⁵ “Elvira de Alvear” y “Susana Soca”, en *El hacedor*; “Susana Bombal”, en *El oro de los tigres*; “En memoria de Angélica”, en *La rosa profunda*, y “Haydée Lange”, en *Los conjurados*.

⁶ “J. M.”, en *El oro de los tigres*, que debe ser Judith Machado.

⁷ A Judith Machado “La rosa” y a Haydée Lange “Llaneza”, en *Fervor de Buenos Aires*; a Letizia Álvarez de Toledo “La noche que en el Sur lo velaron”, y a Wally Zenner “A la doctrina de pasión de tu voz”, en *Cuaderno San Martín*; a María Esther Vázquez “Poema de los dones”, en *El hacedor*; a Beatriz Bibiloni Webster de Bullrich “Two English Poems”; a Silvina Bullrich “La noche cíclica”; a Esther Zemborain de Torres “Una brújula”, y a Margarita Bunge “El puñal”, en *El otro, el mismo*; a Alicia Jurado “Quince monedas”, y a Susana Bombal “The unending rose”, en *La rosa profunda*; a Judith Machado “Una llave en East Lansing” (cincuenta y tres años después de la primera dedicatoria a ella); a María Kodama “La luna”, a Susana Bombal “Signos”, en *La moneda de hierro*, y originalmente a Viviana Aguilar “Al olvidar un sueño”, en *La cifra*, ya que en ediciones posteriores este poema fue suprimido.

⁸ Está en la dedicatoria de la edición príncipe de *Historia universal de la infamia*, de 1935.

⁹ María Esther Vázquez, *op. cit.*, p. 143.

¹⁰ Conversación con Jean de Milleret, en María Esther Vázquez, *ibid.* p. 178.

tos en los cuales Jorge Luis Borges declara su estado amoroso, forman parte de su poesía primordial.

Desde el poemario inicial, *Fervor de Buenos Aires*, destacan la dicha y el previsible infortunio. El joven Borges de 23 años estaba enamorado de Concepción Guerrero, seis años menor que él, y a quien veía en casa de una amiga común. A su amigo mallorquino, Jacobo Sureda, confió los sentimientos:

Ya te conté [...] que estoy enamoradísimo —así como suena— de una muy admirable niña..., sangre andaluza, ojos negros y apacible serenidad, con mar de fondo de ternura.¹¹

Y poco tiempo después, en abril de 1922, le relata su candorosa intimidad:

El azar hace que nosotros nos veamos siempre cerca del crepúsculo, en casa de Norah Lange, que nos deja solos en el jardín o en el salón bastante deteriorado. Hablamos poco, graves, distraídos, en la garganta una especie de angustia oscura de felicidad [...].¹²

El ánimo de Borges, aun de adolescente, se delata en uno de sus primeros poemas: “tal vez una esperanza de niña en los balcones / entró en mi vano corazón / con limpidez de lágrima”;¹³ pocas páginas después dedica a su novia el inicial texto de amor:

Yo casi no soy nadie,
soy tan sólo ese anhelo
que se pierde en la tarde.
En ti está la delicia
como está la crueldad en las espadas.

Agravando la reja está la noche.
En la selva severa
se buscan como ciegos nuestras dos soledades.
Sobrevive a la tarde
la blancura gloriosa de tu carne.
En nuestro amor hay una pena
que se parece al alma.

Tú
que ayer eras toda la hermosura
eres también todo el amor, ahora.¹⁴

Antes de dar a la imprenta los textos, Borges sabe que irá a Europa y dejará a Concepción. Anticipa el dolor de la ausencia: “Entre mi amor y yo han de levantarse / trescientas noches como trescientas paredes... Definitiva como un mármol / entristecerá tu ausencia otras tardes.”¹⁵ De regreso a Buenos Aires se quebranta la

relación, porque como él afirmó muchos años después, ella “[...] era una persona sin gran cultura, no existía la posibilidad de diálogo con ella [...] Y siempre se necesita un poco de diálogo”.¹⁶

En realidad, durante la juventud no siempre se requiere un poco de diálogo, como el propio Jorge Luis Borges lo expresó en la siguiente publicación, *Luna de enfrente*, que apareció en 1925 y en la cual recordó haber “querido a una niña altiva y blanca y de una hispánica quietud”,¹⁷ quien seguramente era Concepción Guerrero. Además, por vez primera afirma el descubrimiento de una relación física y en forma sorprendente establece su propia culpa al tener que refugiarse en su futuro mundo predilecto —el de los sueños—, para renovar la condición perdida: “Virgen milagrosamente otra vez por la virtud absolutoria del sueño”, como conclusión de una experiencia antes no confesada:

Ni la intimidad de tu frente clara como una fiesta
ni la costumbre de tu cuerpo, aún misterioso y tático
[y de niña,
ni la sucesión de tu vida asumiendo palabras o silencios
serán favor tan misterioso
como mirar tu sueño implicado
en la vigilia de mis brazos].¹⁸

De nueva cuenta la pérdida vivida, el fracaso y el final de la pareja, se ahonda en la sensibilidad del poeta frente a la despedida sin remedio:

Tarde que socavó nuestro adiós.
Tarde acerada y deleitosa y monstruosa como un ángel
[obscuro.
Tarde cuando vivieron nuestros labios en la desnuda intimidad
de los besos.
El tiempo inevitable se desbordaba
sobre el abrazo inútil].¹⁹

Dos años más tarde publica el tercer poemario, con sólo diez textos: *Cuadernos San Martín*. Originalmente contenía una declaración a Wally Zenner, inspiradora del poema “A la doctrina de pasión de tu voz”, que en ediciones posteriores fue excluido por Borges en razón de su inadecuada calidad, como puede advertirse en sólo dos líneas: “Tu belleza está fuera del destino... Tu voz a la que deberíamos creerle todo, / es el sonido de la pasión del amor.”²⁰

Durante treinta y un años, de 1929 a 1960, Jorge Luis Borges no publicó otro libro de poemas hasta la aparición de *El hacedor*. Cuatro años después dió a las prensas su poemario más extenso, *El otro, el mismo*, con setenta y seis textos, entre los cuales se incluyen nueve extraordinarios, magistrales, de las décadas si-

¹¹ En María Esther Vázquez, *ibid.*, p. 79.

¹² En Marcos-Ricardo Barnatán, *op. cit.*, p. 176.

¹³ Jorge Luis Borges, “Calle desconocida”, en *Obra poética, 1923-1976*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1977, p. 32.

¹⁴ Jorge Luis Borges, “Sábados”, *op. cit.*, p. 62.

¹⁵ Jorge Luis Borges, “Despedida”, *ibid.*, p. 66.

¹⁶ Conversación con Jean de Milleret, en María Esther Vázquez, *op. cit.*, p. 85.

¹⁷ Jorge Luis Borges, “Mi vida entera”, *op. cit.*, p. 87.

¹⁸ Jorge Luis Borges, “Amorosa anticipación”, *ibid.*, p. 77.

¹⁹ Jorge Luis Borges, “Una despedida”, *ibid.*, p. 76.

²⁰ María Esther Vázquez, *op. cit.*, p. 170

lenciosas. (En esos decenios se genera, por otro lado, la mayor parte de la producción prosística borgeana. En ellos surgen sus obras de ficción esenciales, sus cuentos, y tiene lugar la aparición deslumbrante del soñador erudito, que cambia los abalorios de la realidad por el oro de la imaginación sin fin.)

Jorge Luis Borges decanta, destila afanosa, arduamente, temas y formas de expresión. En esos nuevos poemas²¹ se incluyen sus éxtasis; su desolación y sus derrotas amorosas; su idea del tiempo, del linaje familiar, de la creación infinita, del infierno y el cielo. Constituyen, así, la más severa, estricta antología que surge porque ya se han destruido textos imperfectos que en horas juveniles y de madurez no se aceptan para construir un libro. Por ello Borges, al inicio de su vejez, los entrega con la certidumbre de que no lo "deshonran".

Junto a ellos Jorge Luis Borges vive y se enamora. Alicia Jurado, Estela Canto y María Esther Vázquez han dado testimonio de las obsesiones naturales de un pretendiente tímido, inseguro y siempre adolescente. Compulsivo, insistente, aprovechaba su cultura para tejer sin tregua la seducción y penetraba en el juego de las mujeres altivas, caprichosas, arbitrarias y, generalmente, bellas. Si encontraba vetas adecuadas las invitaba a escribir un libro en común. A pesar de todo ello, en esos tres decenios no fue dichoso, pues los frutos se malograron.

Elvira de Alvear fue su primera enamorada de los años treinta, y con la misteriosa I. J. origina los poemas escritos en inglés, que son la cima borgeana del amor desesperado. En su parte esencial el segundo dice, en la traducción de José Emilio Pacheco:

¿Con qué evitar perderte?

Te ofrezco esbeltas calles, ocasos desesperados, la luna de los carcomidos suburbios.

Te ofrezco la amargura de un hombre que ha mirado mucho tiempo la luna solitaria.

Te ofrezco cualquier acierto que mis libros puedan encerrar, cualquier valor o ingenio que haya en mi vida.

Te ofrezco la lealtad de un hombre que nunca ha sido leal.

Te ofrezco el centro de mí mismo que salvé de algún modo —el corazón central que no emplea las palabras, no trafica con sueños y está intocado por el tiempo, la desdicha y el goce. Te ofrezco el recuerdo de una rosa amarilla, vista al ocaso años antes de que nacieras.

Te ofrezco explicaciones de ti misma, teorías sobre ti misma, auténticas y sorprendentes noticias de ti misma.

Te puedo dar mi soledad, mi oscuridad, el hambre de

[mi corazón:

Trato de sobornarte con la incertidumbre, con el peligro, con la derrota.²²

²¹ "Two English Poems" (1934); "Insomnio" (1936); "La noche cíclica" (1940); "Del infierno y del cielo" (1942); "Poema conjetural" (1943); "Página para recordar al coronel Suárez, vencedor en Junín", "Mateo, XXV, 30" (1953), y "El Gólem" (1958).

²² En *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 188, agosto de 1986, p. 64.

La lista de asediadas por Jorge Luis Borges se acrecienta al final de esa década y durante los años cuarentas: Emma Risso Platero, Susana Bombal, Silvina Bullrich Palenque y, desde luego, Beatriz Bibiloni Webster y Sara Diehl de Moreno Hueyo. También pretende a Haydée Lange —"quizá la mujer más linda de Buenos Aires" según el propio enamorado²³— y a Cecilia Ingenieros, así como a Elsa Astete Millán, antes de que en agosto de 1944 aparezca Estela Canto, a quien dedica *El Aleph*, y con quien mantuvo una relación cuyas vicisitudes se hicieron públicas a través del relato escrito por ella, titulado *Borges a contraluz*. Después pretendió a Delfina Mitre, Esther Zemborain de Torres y Ulrike von Kühlmann.

La ceguera plena, así como el transcurso de la vida y la inusitada alegría de haber sido designado en 1955 director de la Biblioteca Nacional, provocaron una amplia ausencia de sus textos —de 1952 a 1960—, aunque sobresale su actividad plena de conferenciante y principia el reconocimiento generalizado a su obra. Los amoríos se diluyen en el anonimato y frente a jóvenes cuyos nombres no han quedado en los ofrecimientos ni en los testimonios. A los 65 años confiesa un renovado fracaso:

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.

Ya no compartirás la clara luna

Ni los lentos jardines. Ya no hay una

Luna que no sea espejo del pasado

Cristal de soledad, sol de agonías.

Adiós las mutuas manos y las sienes

Que acercaba el amor. Hoy sólo tienes

La fiel memoria y los desiertos días.

Nadie tiene (repites vanamente)

Sino lo que no tiene y no ha tenido

Nunca, pero no basta ser valiente

Para aprender el arte del olvido.

Un símbolo, una rosa, te desgarrar

Y te puede matar una guitarra.²⁴

Al final de los años sesentas, en 1967, contrae matrimonio con una novia anterior, ya viuda, Elsa Astete Millán, pero la efímera unión —que se mantuvo durante tres años— no se transforma en textos o poemas, ni su recuerdo permanece en una dedicatoria. La vida ofrece su gris privacidad; sin embargo, Borges sigue publicando obras poéticas: en 1965 el desenfadado y encantador libro de milongas, *Para las seis cuerdas*, y en 1969 *Elogio de la sombra*, en el cual recorre, con maestría, sus temas singulares. También expone la íntima tristeza:

Siempre en mi vida fueron demasiadas las cosas;

Demócrito de Abdera se arrancó los ojos para pensar;

el tiempo ha sido mi Demócrito.

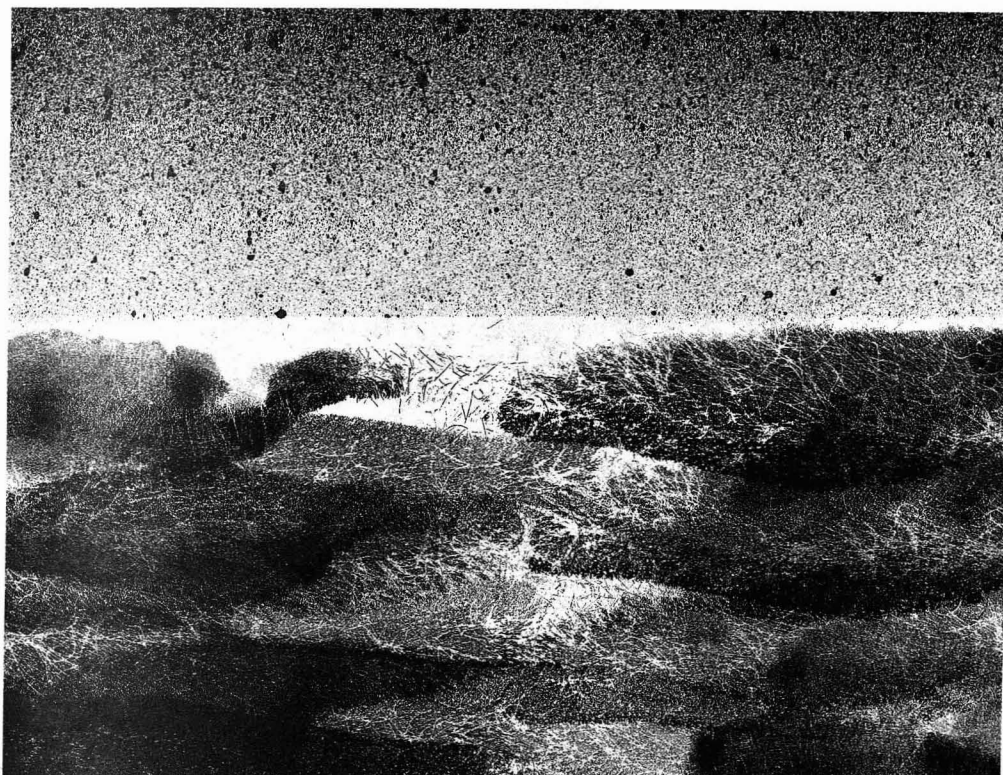
Esta penumbra es lenta y no duele;

²³ Antonio Carrizo, *op. cit.*, p. 157.

²⁴ Jorge Luis Borges, "1964", *op. cit.*, p. 247.

fluye por un manso declive
y se parece a la eternidad.
Mis amigos ya no tienen cara,
Las mujeres son las que fueron hace ya tantos años...²⁵

Se trata de un aparente contrapunto. La vejez del poeta ciego se inunda de premios, doctorados, reconocimientos internacionales y es llamado para ser escuchado, admirado en las más prestigiosas cátedras del mundo occidental; también se convierte en el entrevistado ejemplar, ya que sin impaciencia reflexiona, responde e inventa con sabio y fresco humor. En temas políticos desafina y expresa convicciones despreciables.



Los últimos quince años de la existencia de Jorge Luis Borges están marcados, inicialmente, por el rechazo definitivo de Judith Machado y, posteriormente, de 1977 a 1986, por una inesperada felicidad, cuya autora es María Kodama, quien le ofrece su delicada compañía y su complicidad vital.

En *El oro de los tigres*, de 1972, los títulos de cuatro poemas afirman su final desconsuelo: "Lo perdido", "Al triste", "En su ceguera" y "El centinela", y todos aluden a su condición de esperanzado amante, aunque en otro poema, que lleva las iniciales de Judith Machado, asume el abandono:

En cierta calle hay cierta firme puerta
Con su timbre y su número preciso
Y un sabor a perdido paraíso,

²⁵ Jorge Luis Borges, "Elogio de la sombra", *ibid.*, p. 361.

Que en los atardeceres no está abierta
A mi paso. Cumplida la jornada,
Una esperada voz me esperaría
En la disgregación de cada día
Y en la paz de la noche enamorada.
Esas cosas no son. Otra es mi suerte;
Las vagas horas, la memoria impura,
El abuso de la literatura
Y en el confín la no gustada muerte.
Sólo esa piedra quiero. Sólo pido
Las dos abstractas fechas y el olvido.

Ernesto Mejía Sánchez, implacable y certero, en 1975 describió el ánimo y la actitud del poeta argentino:

Borges perdió la juventud en las confiterías, al lado de frescas rosas poéticas, creyéndose enamorado del amor, pero sin compartir el hecho encadenado. Cuando viejo quiso probarlo y fue por un instante y amargo. Todos sus amigos nos conmovimos. Lo vimos ciego y niño, abandonado y solo en el bosque, en aquella selva oscura.²⁶

La oscuridad concluyó al poco tiempo. Jorge Luis Borges recibió el esperado amor; aquel que correspondía a sus 75 años y que provenía de la ternura de una mujer treinta y siete años menor que él. El

escritor dedicó sus tres últimos libros de poemas (*La historia de la noche*, 1977; *La cifra*, 1981, y *Los conjurados*, 1985) a su compañera y reflejó su dicha en varios textos, en los cuales fue dejando la trama de una íntima y gratificante relación: "Loado sea el amor en el que no hay poseedor ni poseída, pero los dos se entregan."²⁷

Las dos últimas paradojas borgeanas lo tuvieron a él de protagonista. Sin desdicha aparente y, por el contrario, con la expresión de un sereno amor, ya en el reposo del fervor, a partir de los 77 años de edad escribió la cuarta parte de su obra poética. Es decir, cuando recibió todo de un personaje que no pudo haber imaginado: María Kodama. ♦

²⁶ Ernesto Mejía Sánchez, "Tríptico argentino", en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 188, agosto de 1986, p. 59.

²⁷ Jorge Luis Borges, "La dicha", en *La cifra*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 43.